

Introducción

I.

En el marco de la pandemia del COVID-19, desde inicios del 2020 y su continuación en 2021, muchas son las preguntas que han surgido a la luz de los resultados que en materia de salud, comportamiento económico, político y social, han estado registrando los diferentes países del mundo. La pandemia, como una luz dramática, pero al mismo tiempo esclarecedora, ha venido despojando a cada una de las naciones de su ropaje, dejando al descubierto la solidez o debilidad de sus realidades.

En el incremento de las cifras de los contagios y los muertos; las fuertes caídas de los comportamientos económicos y el cansancio que muestran la mayoría de las sociedades del mundo, Mahbubani hace notar la diferencia que aparece dentro de estos primeros resultados generales entre las cifras de China, Japón y Corea, pero también Taiwán, Singapur, Vietnam, etc., respecto a los números que registran la mayoría de los países, en especial las naciones desarrolladas.

Con una cifra promedio de 5.3 decesos por cada millón de habitantes, analiza Mahbubani, Asia del Este se separa ampliamente de los 632 fallecimientos promedio que presentan una buena parte de los países desarrollados.¹ En el tema económico, con un incremento del 2% durante 2020, China se aleja notoriamente respecto al resultado de Estados Unidos del (-4%), y de las economías avanzadas (-6%). Asia Oriental y Pacífico por su parte, con cifras del (1%) también se distinguen sensiblemente del promedio de las economías desarrolladas.²

El clima social, por otro lado, también ha sido motivo de amplios comentarios en la medida que grupos significativos de las sociedades occidentales, cansados de las medidas de confinamiento (Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, etc.) han tenido que ser conminadas a través de diversos

¹ Mahbubani, Kishore, *East Asia's New Edge*, 22 de julio de 2020

² Banco Mundial, *Global Economic Prospects*, 2021

recursos, incluso los coercitivos, a que respeten las medidas sanitarias que pudieran disminuir la fuerza de la pandemia y sus efectos.

10 Una sociedad occidental de la *demanda*, caracterizada por sus múltiples necesidades de mercado y un individualismo desbordado, ha contrastado con una sociedad asiática de la *renuncia*, la cual ha sido más propensa a ajustar su comportamiento ante una preocupación comprometida con la familia, la sociedad y su nación.

Alejados de generalidades no pretendidas³, pero ante la evidencia de un hecho de hoy, diversos analistas (Byung-Chul Han, Mahbubani, Stiglitz, etc.), se preguntan ¿cuál es la razón de estas diferencias?. ¿Por qué de manera generalizada Asia Oriental presenta un comportamiento y unos resultados diferentes a los de la mayoría de las naciones desarrolladas?

II.

El cuestionamiento no es nuevo, nace desde el momento que Matteo Ricci (Li Madou, “El sabio de Occidente”), a principios de la década del siglo XVII hace llegar a Europa los primeros trabajos de traducción sobre la realidad de una nación asiática (China) que por diversas razones había estado ausente de la historia occidental. A través de su Diccionario portugués-chino (primer trabajo sinológico de la historia), sus múltiples cartas y sobre todo la traducción de los cuatro libros clásicos de Confucio al latín, hace llegar a Europa una primera descripción de una sociedad diferente que desde entonces obligó a los pensadores de su tiempo a pronunciarse sobre su realidad; pero sobre todo, del papel que le correspondía dentro de un mundo que empezaba a asumirse presuntuosamente renacentista y donde la Ilustración y la Revolución Industrial (siglos XVIII y XIX) tampoco fueron buenos momentos para contestar con objetividad una pregunta incómoda que se daba en el marco de la construcción de un etnocentrismo civilizatorio europeo.

Los textos de Fray Juan de González de Mendoza, con la Historia de las Cosas más Notables, Ritos y Costumbres del gran Reino de China de 1585, el libro *Culturas Comparadas de Europa y Japón*, escrito por el padre jesuita Fray Luís Fróis, editado en el mismo año y muchos más que comenzaron a documentar la relatoría de Asia del Este desde finales del siglo XVI, tampoco encontraron el momento oportuno para generar un instante de reflexión sobre el encuentro de dos grandes civilizaciones. Por el contrario, el rápido ascenso tecnológico, militar, marítimo, institucional, etc. que empezaron a registrar las diferentes potencias occidentales, lo que ocasionó fue un desbordamiento de incursiones que derivaron con la llegada militar de Inglate-

³ Los países de Asia del Este no son los únicos que han manejado positivamente el tema de la pandemia. También destacan Nueva Zelanda, Chipre, Rwanda, etc. Pero la región como tal, junto con países asiáticos como Taiwán, Vietnam, etc. sobresale de especial manera en el manejo económico y de salud exitoso de la pandemia.

INTRODUCCIÓN

rra a China en 1839, de Estados Unidos a Japón en 1853, y de diferentes arribos de barcos militares a Corea por parte de Inglaterra, Francia y Rusia, desde 1797; de naves de guerra francesas en 1866 y de barcos norteamericanos en 1871, etc.

No es que los primeros contactos documentados con los países asiáticos no hubieran causado conmoción en la ilustración de su tiempo⁴, pero en un marco comparativo apresurado, lo que privó fue el surgimiento de un sentimiento supremacista que desechó de plano la oportunidad del conocimiento *acomodado del otro*. Como apuntó Said en su momento: “La idea de una identidad europea superior en comparación con otras culturas, en especial la percepción de hegemonía que tiene sobre un Oriente atrasado, limitó la posibilidad de contar con otros puntos de vista sobre el tema”.⁵

De los siglos XVII al XX, en un amplio abanico de encuentros y desencuentros, Occidente no se dio un momento para conocer con suficiencia a la nueva región del mundo con la que estaba tratando; la importancia de los países que la integraban, su cultura, su etnicidad, su vinculación, etc. La profundidad de su pasado no fue desapercibida, pero lo que se desechó en automático fue su importancia histórica y su acervo civilizatorio; así como sus potenciales de futuro que ahora tanto inquietan a Occidente.

En cuanto a China, Adam Smith, por ejemplo, no pudo evitar este sentimiento de clase, hablando de una China extraviada donde “Cualquier carroña, ya sea el cadáver de un perro muerto o de un gato, por ejemplo, aunque esté medio podrido y apeste, será tan deseable para ellos como el alimento más sano para los ciudadanos de otros países”.⁶ Hegel, confundiendo la antigüedad de la civilización china e ignorando su pensamiento filosófico ancestral, llegó a comentar que aunque era uno de los países más antiguos del mundo, carecía de pasado, que no tenía historia real y que junto con India, eran países que se habían *mantenido al margen de la historia*. Marx tampoco se resistió a opinar respecto a China y la llamó *fósil viviente, cautiva del tiempo*, y que *gracias* a Inglaterra (seguramente por su invasión sobre China en 1839 en la Primera Guerra del Opio) había podido asomarse al mundo civilizado. Engels, continuando con los juicios hegelianos también denunció a India y China como países que habían “quedado fuera de la línea del desarrollo histórico, por lo que estaban condenados a ser conquistados y dominados por la civilización europea”.⁷

⁴ Leibnitz, Quesnay, Voltaire, etc., fueron parte de una intelectualidad ilustrada que recibió con admiración los primeros aportes de la cultura china.

⁵ Said, Edward, *Orientalism*, 1995, pag.7

⁶ Morris, Ian, *¿Por qué manda Occidente... por ahora?*, 2014, pag.62

⁷ Relinque, Eleta Alicia (Coord.), *La construcción del poder en la China antigua*, 2009, pag.11

Max Weber no se quedó atrás y a pesar de reconocer su falta de profundidad en los temas de China, la descalificó bajo los argumentos de contar con una declinante estructura sociopolítica, falta de vocación por el lucro y carencia de una moral trascendente de vida, lo cual afectaba la formación de una mentalidad económica. Agregaba también que “solo a Occidente le corresponde el mérito de la organización estamentaria de las corporaciones políticas y sociales, y del funcionariado”, olvidando la fortaleza científica y moral de la administración pública china.

En este esfuerzo por interpretar a los países de Asia del Este sobre una plataforma de superioridad, Weber también adelantó que solo en Occidente había nacido la literatura impresa, y que únicamente en Occidente había existido ciencia en aquella fase de su desarrollo que actualmente se reconoce como válida. En relación a lo dicho por Weber y en cuanto al tema de la escritura impresa, existen registros de caligrafía china desde hace 3200 años; en cuanto a la aparición del papel, su data se da a partir del año 100 d.C. y sobre la imprenta en el año 700 ya había registros de su existencia en China, así como en Corea se establece la primera imprenta de tipos móviles de metal en el siglo XIV. De igual modo, desde el siglo IX ya había venta de libros al público en China y en Corea se reconoce al *Jik -Ji* como el libro más antiguo del mundo con imprenta de tipos móviles de metal (1377); mientras que a la imprenta de Gutenberg se acepta su aparición hasta mediados del siglo XV. Sobre este tema el mismo Mateo Ricci habla de los miles de libros que encontró publicados en su estancia en China, y en cuanto al supuesto atraso científico asiático al que alude Weber, J.T. Needham (s. XX), con un trabajo que le ocupó más de cuatro décadas, dejó en claro que la etnicidad china nunca fue un obstáculo para la creación científica ni para la innovación; lo cual puede ratificarse ahora en pleno siglo XXI en el que China mantiene una guerra con Estados Unidos por el liderazgo tecnológico.

Japón y Corea no quedaron al margen de esta visión sesgada de la visión occidental. El mismo Weber, a inicios del siglo XX, en su obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1905), cuando ponderaba los atributos del protestantismo y el desarrollo del capitalismo, en contraste a la falta del sentido del lucro o de emprendimiento de China, no solo se refería a ella, sino que incluyendo a Japón y Corea comentaba que las *religiones* de Asia del Este, como el confucianismo y el budismo, estaban demasiado arraigadas a tabúes y lazos de parentesco que limitaban el desarrollo del capitalismo. Que sociedades como Japón, igual que en China, tenían en baja estima la actividad comercial y privilegiaban la educación y el bienestar social sobre la riqueza individual. Que el confucianismo era dominante en Asia del Este y que carecía de la necesaria racionalidad económica y el espíritu emprende-

INTRODUCCIÓN

dor que había dinamizado la modernidad basada en el dinero en las economías capitalistas de las naciones anglo-protestantes.⁸

Los enciclopedistas, grupo importante que atiende los primeros estudios sobre Japón (Montanus, Kaempfer, Charlevoix, etc.), abordaron con asombro y con pocas referencias los temas de Asia del Este. No obstante, su análisis tuvo una tendencia comparativa religiosa que obstaculizó una mejor comprensión del tema. Diderot, uno de los escritores más entusiastas sobre Japón pero fiel a las tendencias de la época, consideró al país nipón como un actor secundario, deudor del centro cultural chino; un país “satélite de China” del cual había recibido su filosofía, pensamiento y estructura política.⁹

13

III.

La llegada militar al Oriente asiático en el siglo XIX dio lugar a un primer choque de civilizaciones que tuvo como resultado el control hegemónico sobre China, Japón y Corea de parte de Occidente, a los cuales, primero con escaladas militares y después con tratados comerciales de adhesión, se les impusieron condiciones desventajosas de comercio y soberanía. Los tratados de Wangxia (1844) y Tianjin (1875), en el caso de China y de Kanagawa (1854) y de Harris (1858) en lo que hace a Japón, son entre otros, una muestra de lo que China denominó el siglo de la humillación (1839-1949), el cual dividió por primera vez un destino regional que en los últimos dos mil años había estado unido bajo diferentes circunstancias y condiciones.

No obstante, esta primera separación histórica de la meseta civilizatoria asiática, junto con las reacciones que tanto China, Japón y Corea tuvieron respecto a la llegada de las naciones y la cultura occidental, ha generado un abanico de interpretaciones sobre las que, como se señaló desde un inicio, sigue sin contarse con una respuesta concluyente.

De manera importante, la llegada de los liderazgos militares ingleses, norteamericanos, franceses, holandeses, etc, terminaron con un largo ciclo de hegemonía China sobre Japón y Corea, la cual había administrado de manera *tributaria* los últimos dos mil años bajo las condiciones y periodos que fueron marcando los sucesos históricos de la región, pero con una permanencia que solo se resolvió de manera definitiva cuando la Dinastía Qing, en plena decadencia, fue derrotada por el nuevo imperio japonés por el control de Corea en 1895.

La llegada occidental vino a generar una revolución de las ideas, de los conceptos y de las líneas de poder que habían prevalecido los últimos dos mil

8 Jacobs, A.J., *Max Weber was Right about the Preconditions, Just Wrong about Japan: The Japanese Ethic and its Spirit of Capitalism*, 2010, págs.12-29

9 Crespín, Perales, Montserrat, *¿Al pie de la letra? Filosofía y enciclopedismo en la España del siglo XIX: mermas y cesuras en la traducción al castellano del texto Philosophie Des Japonais de Diderot*, 2019, pág.50

años en el oriente asiático. El éxito de su tecnología militar y la navegación de guerra, fueron dos nuevas circunstancias a las que los países asiáticos no pudieron responder. Los logros alcanzados en su Primera Revolución Industrial a partir de 1750, como una explosión virtuosa del conocimiento euroasiático de la época, fue otra variante que impactó de manera directa contra un saber de la zona que quedó faltó de argumentos para competir en ese momento contra una fuerza civilizatoria exógena.

No obstante, la gran transformación que vive Asia del Este en ese momento no es un ataque central y único a la civilización china, sino que se refiere a todo su acervo étnico-cultural que se compartió de manera directa o indirecta, voluntaria o involuntariamente, por varias generaciones de millones y millones de asiáticos que se formaron bajo paradigmas y cosmovisiones que si bien partieron de China, junto con las aportaciones japonesas y coreanas dieron lugar a una región etnoempática de profundos lazos culturales.

En este sentido, los hechos históricos que siguieron a partir de 1895, como el inicio de la hegemonía japonesa en Asia hasta 1945 y la presencia occidental en la zona, si bien generó un cambio cultural y geopolítico, en el terreno ontológico de los pueblos de Asia del Este a pesar del tiempo transcurrido y los cambios registrados, sigue sin concretar una transfiguración cultural respecto al *Western Model*.

IV.

La colisión de civilizaciones en el siglo XIX fue profunda en todas sus dimensiones y una sociedad asiática dolidá y desencantada entró de inmediato a un periodo de reclamos internos en busca de culpables. Por otro lado, la sociedad triunfadora, como se adelantó, obvió un diálogo de culturas y construyó rápidamente una relatoría supremacista junto a una postura de expoliación.

Entre estas dos líneas de respuesta y un cúmulo de sentimientos derivado del caos que originó el primer choque de civilizaciones entre Occidente y Asia del Este, *desaparecieron* del análisis los atributos milenarios de una civilización poderosa que optaron por inhibirse prudentemente del enojo y el desconocimiento generalizado. Sin embargo, estos mismos atributos y valores nunca desaparecieron del ADN de un pueblo asiático que más allá de la circunstancia, nunca olvidó la cultura y los valores de una realidad social, económica y política que los vieron nacer y los forjaron en su entidad milenaria.

Chen Duxiu, Cai Yuanpei, Zhang Boling, entre muchos otros, fueron parte de los académicos chinos que al final del imperio cargaron contra un pasado y un pensamiento confuciano propio de su era dinástica, al cual culparon de haber ocasionado que China no estuviera al nivel del reto civilizatorio europeo. A través de centros de pensamiento y de instituciones universitarias, entre otros, dirigieron sus ataques contra el confucianismo y todos sus males

INTRODUCCIÓN

15

en nombre de la ciencia, la democracia y la nueva cultura. Se atacó el lenguaje, los conocimientos, a Confucio, a los letrados así como a la *tiranía* de los clásicos¹⁰.

En el caso de Corea, las consecuencias de toda esta gran disrupción de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, personificada por la invasión colonial japonesa, también originó un sentimiento en contra del pasado sobre la última Dinastía Joseon (Choson), por haberse vencido a la tradición y no haber podido asimilar a tiempo la modernidad occidental. Así, durante todo el siglo XX los coreanos aprendieron a despreciar y a maldecir a su propia historia, comparando los 500 años del periodo Joseon con la edad de las tinieblas que les impidió conectar con la modernidad, siendo la causa principal de la colonización japonesa¹¹.

Japón no fue la excepción a este sentimiento de quebranto y minusvalía frente a una civilización poderosa que irrumpía su tradicional política de país cerrado (Sakoku), que había mantenido desde siempre (de manera más enfática en el periodo Tokugawa) dentro de una Isla-Estado que nunca había sido invadida con éxito en toda su historia. El 14 de julio de 1853, después de la firma del Tratado de Kanagawa, Wells uno de los asistentes del acto en calidad de interprete declararía “así terminó este memorable día, que hará fecha en la historia del Japón, pues fue el día en que por fin se logró meter la llave en la cerradura, primer acto que debía llevar fatalmente al final de aislamiento de la nación”¹².

Al igual que sus vecinos orientales, las primeras reacciones de Japón fueron de alarma y preocupación, pensando en un primer momento organizar la defensa militar frente a los barcos de guerra de Estados Unidos, pero también de Inglaterra, Francia, Holanda, Rusia, Prusia, etc., que después de los norteamericanos se hicieron presentes exigiendo las mismas prebendas.

La organización en defensa (reverencia) al Emperador y expulsión a los bárbaros (Sonnō jōi) se dio en las principales ciudades del país y dividió la postura de los diferentes shogunatos. Como en China, no faltaron las facciones que apostaron a una defensa violenta del país. Por ejemplo, en 1860, el importante Ministro Kamon-No-Kami, que actuaba en favor de la negociación con los extranjeros fue degollado. En 1861, el Secretario Henskin de la delegación norteamericana fue asesinado; la delegación inglesa fue atacada en varias ocasiones; en 1862 se asesinó a varios comerciantes europeos; en 1863 el clan Chōshū atacó barcos norteamericanos, etc, colocando a la autoridad en

10 Fairbank, John King, *China, una nueva historia*, 1996, págs. 323-324

11 Park, Yun Jung Im, “A ideología fundante da Dinastia Joseon e a sua modernidade, na interpretação de Kim Young-oak”, en León Manríquez, José Luis (Coord.), *Corea ayer y hoy. Aportaciones latinoamericanas*, 2017, pág. 20

12 Gowen, Herbert, *Historia de Japón. Desde sus orígenes hasta nuestros días*, 1942, pág. 240

una situación difícil y ocasionando continuas represalias militares. Cuando se preguntó a uno de estos grupos de defensa lo que pretendían contestaban, “nuestra actitud no demuestra en lo más mínimo una enemistad para el Baku-fu. Juramos ante el cielo y la tierra, ante los dioses y ante los hombres, que nuestro acto nos ha sido dictado únicamente por el anhelo de ver que el xogunato (sic) sea de nuevo lo que debe ser, y conformarse a la sabia y sagrada voluntad del Emperador. Esperamos ver manifestarse nuestra gloria nacional, expulsándose a los extranjeros que se han introducido a nuestro país.”¹³

La reacción de Japón al acecho norteamericano del siglo XIX sigue siendo un caso de estudio, por la habilidad desplegada y el éxito logrado en tan corto tiempo. Japón, a diferencia de China y Corea, convierte la amenaza occidental en una oportunidad tanto para lograr la unificación de un orden político multifeudal de shogunes, a través de la reinstalación de la Dinastía Meiji; como para entender el *core* del éxito económico occidental en su desarrollo tecnológico-industrial, dando inicio a una campaña de apropiación que lo lleva a un primer milagro económico que en tres décadas (1868-1895) lo transforma de un país agrícola y de pescadores a una nación industrial relevante, lo cual en lo geopolítico ocasiona que después de dos mil años se convierta en el hegemón regional, posicionándose en Japón en 1905 a manera de protectorado, y a partir de 1910 como un franco colonialismo el cual termina junto con su derrota frente a Estados Unidos y los aliados en 1945.

V.

La irrupción occidental en China, como en Japón y Corea, por su notoria superioridad, cambió la lógica de poder en la que habitaban los tres países asiáticos desde sus etapas pre-modernas hasta la conformación de sus propias estructuras políticas y sociales. Desde el 221 a.C., en el caso de China, donde integra de manera adelantada un Estado moderno que con todas sus adecuaciones pervive hasta la fecha. Corea que en 668 d.C. logra unificarse políticamente a través del reino de Shilla; y Japón, que después de múltiples intentos alcanza una unificación política robusta durante el shogunato Tokugawa en 1603.

Con sus desfases históricos y características particulares, los tres países habían sido a lo largo de dos milenios parte integral de una vecindad geográfica que al mismo tiempo que los determinó a compartir de manera estrecha su ruta histórica, de igual modo los privó de un acontecer global europeo hasta el siglo XIX. Los encuentros y efemérides anteriores a esta fecha, por su falta de profundidad y trascendencia en la vida de estos tres países son parte de una relatoría de la excepción.

China, que en superficie resulta 43 veces más grande que Corea y 25 veces que Japón; y que a su unificación política les precedió en ocho y dieci-

¹³ *Ibidem*, pág. 248

INTRODUCCIÓN

17

siete siglos respectivamente, le tocó jugar un papel central civilizatorio no solo con Asia del Este, sino también con Asia Pacífico. Con 14,500 kms de frontera marítima por el Este, grandes montañas y desiertos por el Oeste; como la mayor nación continental de Eurasia, con litoral en ambos trópicos y situada en la zona templada, nació ocupando una de las posiciones más ventajosas del mundo. El origen de su poder milenario, como apunta Mac-kinder, se deriva en primera instancia de su geografía¹⁴.

Es cierto que lo anterior no preservó a China de la amenaza de los *bárbaros* del Norte (las Dinastías Jin, Liao, Yuan, y Manchú son prueba de ello); como tampoco a Corea en su propia dimensión; no así a Japón, que contó hasta 1853 con el privilegio de su insularidad protegida, la cual le dio la oportunidad de desarrollarse bajo la influencia de una China continental y de una Corea peninsular; aunque este determinismo geográfico también la privó hasta el siglo XIX de un protagonismo más visible.

La extensión de China, su poderosa civilización, su institucionalismo precoz, influyeron para que Corea fuera una región conexas que dependió en gran medida de la estabilidad de la Dinastía en turno. Su acceso terrestre, siempre cercano a las diferentes capitales imperiales, brindaron una facilitación permanente para la circulación de bienes y conocimientos. De igual modo su prolongación peninsular hacia Japón, que la colocaban a 190 km de sus costas, contra los casi 800 km de distancia entre Japón y China, provocaron primero que a Corea se le considerara un Reino ermitaño, en defensa de su sobrevivencia; y después, a partir del empoderamiento de Japón en el siglo XVI, se le ubicara como un *camarón entre ballenas*, como un país bisagra en medio de dos pretensiones hegemónicas, las cuales en algunos momentos de su historia se multiplicaron con la presencia de Rusia y los agresivos pueblos del Norte.

Japón, como ya se indicó, una isla entre más de tres mil islas, siempre contó con la ventaja de su insularidad; de una separación física que lo aisló y lo preservó de los intereses más poderosos de su época. No obstante, precisamente por su geografía, su desarrollo en sus primeras etapas se volvió dependiente del saber chino y del puente coreano para recibir los avances de un conocimiento continental que le antecedió en siglos.

China, Corea y Japón, bajo este determinismo geográfico, con el tiempo se transformaron en una cuenca civilizatoria que bajo diversas intensidades nunca dejaron de compartir una cultura común por espacio de casi dos milenios, lo cual las diferencia respecto a otras regiones del mundo que no han tenido una convivencia tan prolongada ni profunda en el intercambio cultural. Por eso, la irrupción occidental rompe como una ola contra un muro cultural, barriendo un orden geopolítico regional establecido, reacomodando las fichas

¹⁴ Kaplan, Robert, *La venganza de la Geografía*, 2013, pág. 242-243.

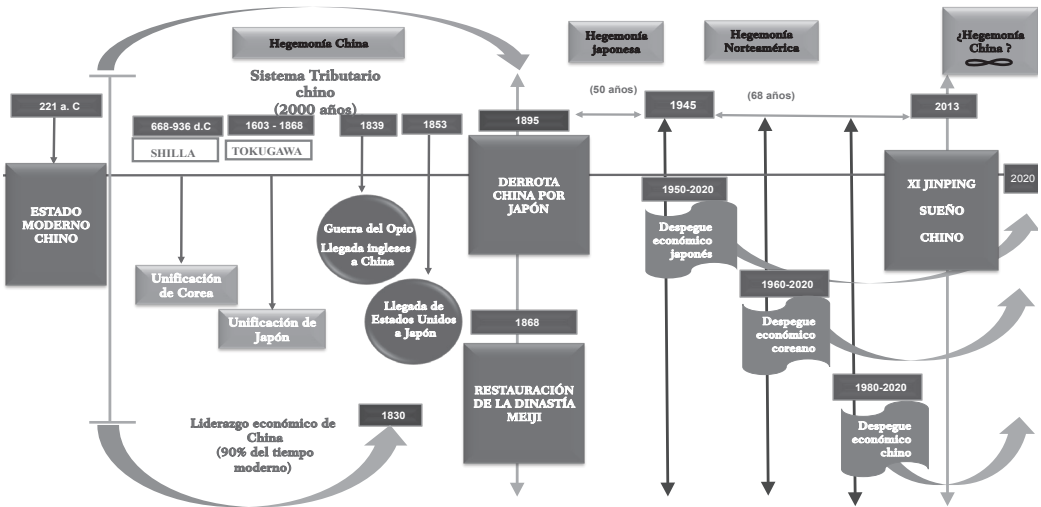
18

de su tablero; de igual modo oxigena un clima cultural que se encontraba saturado, abriendo una ventana que el sinocentrismo no había contemplado. También llega con una innovación tecnológica e industrial que comparada con la oferta nativa, después de siglos de esplendor, se mostraba rezagada.

Sin embargo, a la luz de los eventos que se presentan hoy en la región sería importante reconocer que si bien esta ola representó un cambio histórico en la vida de Asia del Este, que hoy presenta a estos tres países con diferentes grados de transformación en lo político, lo económico y social, los cimientos del muro traspasado, por su profundidad y vigencia, siguen operando en diferentes modalidades y velocidades en cada uno de estos países, lo cual ha sido una de las causas permanentes de confusión para la relatoría occidental.

El choque civilizatorio del siglo XIX termina con una era de hegemonía china que se extendió por dos milenios en las tres naciones, cada una de ellas bajo sus propias circunstancias. De manera importante inaugura una época de liderazgo japonés de medio siglo en la región, que concluye junto con la Segunda Guerra Mundial. A partir de esa misma fecha, por primera vez la zona acepta una hegemonía exógena representada por un país norteamericano que concluye la guerra como la máxima potencia económica y militar, la cual se extiende hasta 2013, donde a la llegada de Xi Jinping al poder da inicio a una nueva etapa de recuperación del liderazgo chino, el cual justamente se encuentra hoy a debate frente a los Estados Unidos.

CUADRO 1. Asia del Este (Marco geopolítico. Líneas generales).



FUENTE: Elaboración propia para esquematizar las etapas hegemónicas en Asia del Este.

INTRODUCCIÓN

VI.

La región de Asia del Este se caracteriza por una multiplicidad de interpretaciones. Conviven a un mismo tiempo posturas y relatorías opuestas que no permiten establecer con claridad la naturaleza de los acontecimientos que vive la zona; las cuales parten desde la propia confusión o intereses de los tres actores regionales, hasta los prejuicios u olvidos en que han incurrido los análisis occidentales desde el siglo XVII.

Hoy todavía sigue sin definirse ¿si la civilización china se ha revitalizado, o estamos ante el regreso de una herencia comunista liderada por el Partido Comunista Chino?, ¿si asistimos a la recuperación de un Estado Neoconfuciano o de una nomenclatura marxista-leninista?, ¿si la moral de un Estado confuciano es parte del acontecer de los países de Asia del Este o es una expresión cultural en solitario?, ¿si la civilización china influyó de manera determinante en Japón y Corea o si esta concluyó en el siglo XIX?, ¿si la recuperación económica y geopolítica de los países de Asia del Este desde finales del siglo XIX empezando por Japón, pasando por Corea y llegando a China hasta el siglo XXI, es parte de una etnicidad compartida o son expresiones individuales?, ¿si el éxito económico, político y social, en ascenso de la región, de manera sostenida desde la segunda mitad del siglo XX hasta el día de hoy, es parte de una recomposición regional con características propias en el nuevo marco global, o es un logro derivado del *Western Model*?, ¿el milagro económico japonés, coreano y chino, son casualidades separadas o son afines?, ¿el éxito chino es capitalista, marxista, confuciano, o una mezcla de los tres?, y de manera importante, ¿China pretende integrarse al orden global occidental, o busca construir *una nueva era de destino común*?

Estas y muchas otras preguntas son parte de una agenda pendiente que está lejos de contar con respuestas definitivas.

La falta de claridad en las definiciones se genera en buena medida por una serie de equívocos e información cruzada que parte de los propios países asiáticos. Su cercanía geográfica si bien los determina, sus intereses y pretensiones individuales en todo momento han sido parte de una competencia de unos con los otros a lo largo de los siglos. Por ello, a pesar de su etnicidad y cultura compartida, aparece de manera permanente una política de deslindamiento que se fortalece a partir de la segunda mitad del siglo XIX con la llegada de Occidente y la asimilación tanto en Corea como en Japón de los llamados *Estudios Nacionales*, a través de los cuales han intentado disminuir la importancia e influencia de la civilización china en la construcción de sus Estados-nacionales, al mismo tiempo que enaltecen la mitología de su pasado. China también ha contribuido a esta confusión cuando en la misma época intentó deslindarse de su pasado, como una medida de justificación frente al abordaje de una nueva realidad geopolítica y cultural.

Occidente por su parte ha colaborado de igual modo a esta serie de equívocos, al rehuir al análisis objetivo de estos actores asiáticos que si bien los pudo dominar en los siglos XIX y XX, a la tercera década del siglo XXI no atina a definir si son parte ya de un nuevo acomodo de un orden occidental establecido, o por medio de las propias fortalezas de la región asiática, el mundo global de la época se traslada lenta pero inevitablemente de una era del Atlántico a una era del Pacífico.

Lo relevante del asunto es que en el marco de un choque de liderazgos entre dos hegemones (China-Estados Unidos) y dos regiones (Asia del Este-Occidente) que pretenden la supremacía desde ópticas diferentes, contar con respuestas más acabadas resulta fundamental para la elaboración de todo tipo de estrategias que se pretendan por cualquier nación del mundo.

El debate y las contradicciones seguirán fluyendo, pero intentar partir de una descripción más amplia e histórica del tema, se presenta como una condición *sine qua non* para un mejor esclarecimiento de su papel en el siglo XXI.

VII.

Dentro de la relevancia actual de Asia del Este, la figura de la República de Corea, conocida como Corea del Sur, representa uno de los eslabones importantes de la cadena cultural de la región, en la medida que durante cerca de dos milenios jugó un papel de país bisagra entre el adelantado modernismo chino y el insular aislacionismo japonés; junto con un desarrollo propio que sigue sorprendiendo por su patrimonio cultural.

Sus civilizaciones antiguas de la edad del bronce y del hierro presentan rasgos trascendentes en el periodo Joseon antiguo, Tan-gun y Kija. El periodo de los Tres Reinos que desemboca en una unificación política temprana del Reino de Shilla (668), antecede a la integración japonesa Tokugawa en casi un milenio.

La sobrevivencia de Corea como país, como cultura, fue un reto de todos los días que pudo resolver exitosamente. Su situación geográfica estratégica que le ocasionó un sinnúmero de invasiones y sobresaltos a través de sus diferentes fronteras, las cuales a la fecha todavía registran la herida histórica de su separación con la ahora República Popular Democrática de Corea, al mismo tiempo le permitió sumar a su patrimonio civilizatorio los mejores avances de sus vecinos China y Japón.

Además de la cultura del arroz que le llega dos mil años antes de Cristo, se ve beneficiada con desarrollos avanzados de orfebrería, porcelana, textiles, bronce, jade, etc., que le son compartidos por China en sus primeras etapas. De manera especial, el saber filosófico político y social desarrollado por China en el periodo de las cien escuelas de pensamiento (770 al 221 a.C) le aborda de manera temprana a través de una sistematización confuciana que

INTRODUCCIÓN

determinó en gran medida su etnicidad social y política; lo cual, como un puente geográfico entre culturas, lo comparte con Japón desde los siglos III y IV.

Corea no solo fue “un camarón entre ballenas”; o un país entre dos geografías más poderosas como China y Japón. Es puente de caligrafías, lenguajes e historias que transitan de un lado a otro sin descanso. De igual modo llegó a operar muchas veces como una zona de neutralidad de las pretensiones hegemónicas de sus dos vecinos, cuando el mar no las pudo detener. No pocas ocasiones también resultó el campo de batalla de los Han, los Tang o los Toyotomi Hideyoshi que utilizaron su territorio para dirimir los desencuentros entre China y Japón. Su enriquecedora conexión no para hasta 1895 cuando el país nipón derrota al Imperio Qing y a su periodo tributario coreano, el cual lo cambia por un costoso colonialismo nipón que no estuvo exento de un intercambio cultural lleno de contenido que trasciende hasta nuestros días.

El milagro económico coreano (1953-1996) no ha sido ajeno, en sus múltiples interpretaciones, a esta larga y profunda experiencia de los *Tres Tigres* que han habitado una misma montaña; por el contrario, su triunfo se suma al que le antecedió de Japón en los siglos XIX y XX, y se añade al que ahora lo acompaña del milagro económico chino en la tercera década del siglo XXI. Cada uno con sus propios tiempos y particularidades emergen como frutos de un mismo tronco civilizatorio.

En el importante espacio que hoy habita la realidad coreana, entre tradiciones confucianas y transformaciones occidentales; entre el K-pop y una democracia en ciernes; entre la piedad filial y el culto a los mayores; entre un libre mercado y Chaebol; se muestra una cultura nacional y regional que trasciende la voluntad misma de cada uno de los tres países.

VIII.

En razón a la trascendencia de la región de Asia del Este y de la República de Corea en nuestros días, el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México decidió llevar a cabo la presente investigación titulada “Corea. Una visión jurídica y geopolítica en el siglo XXI”, con la participación de 12 instituciones y la colaboración multidisciplinaria de 12 destacados especialistas en la materia.

El Instituto de Investigaciones Jurídicas agradece profundamente la valiosa y desinteresada participación de los académicos: Julen Berasaluce Iza, del Centro de Estudios Económicos de El Colegio de México; Yong Chen, del Centro de Estudios de Asia y África de El Colegio de México; Kwon Cheol Lee, de la Baekseok University; Antonio Domenech, de la Universidad de Málaga; Melba Falk Reyes, de la Universidad de Guadalajara; Beatriz

ARTURO OROPEZA GARCÍA

22

Juárez Aguilar, del Posgrado de Derecho de la UNAM; Sookyung Kim, de la Indiana University Law School; Kuk-Woon Lee, de la Handong University; Arturo Oropeza García, del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la Universidad Nacional Autónoma de México; María Elena Romero, de la Universidad de Colima; Fernando Valdés Benavides, del Instituto Mexicano para la Competitividad (IMCO); y Fernando Villaseñor Rodríguez, de la Escuela Libre de Derecho, por la oportuna y profesional entrega de sus trabajos, lo cual hizo posible la culminación de esta obra en el marco de la difícil pandemia del COVID-19.

Esperamos que el esfuerzo realizado por todos los participantes a través de sus importantes trabajos, se una a aquellas expresiones intelectuales en la materia que buscan contribuir al mejor entendimiento de una región compleja de gran relevancia para el nuevo orden global.

ARTURO OROPEZA GARCÍA

INVIERNO, 2021